

COMUNICACIONES

Orfandad, culpa, duelos... Daños colaterales

Orphanage, guilt, grief... Side effects

NICOLÁS CAPARRÓS
ISABEL SANFELIÚ

Fecha de Recepción: 13-11-2004

Fecha de Aceptación: 11-12-2004

Es el once de septiembre; en una emisora de radio se conmemora la matanza de marzo. Seis meses ya. Parece existir alguna distancia, aunque no demasiada, todavía predominan las reviviscencias literales, incluso se reproducen en el programa grabaciones de aquellos momentos, momentos dramáticos muchas veces oídos que el paso del tiempo distorsiona. Nada de particular en el programa hasta entonces. Cuando el horror se hace cotidiano los seres humanos nos defendemos con una suerte de anestesia afectiva. Lo atroz se difumina y la vida sigue, tal vez en tono menor, quizá algo menos vital.

En un momento determinado, escuchamos una entrevista con la presidenta de la asociación de víctimas del once de marzo –no más 11-M, no más siglas–. Algo captó nuestra atención. Entre el glosario de desventuras que se desgrana-

ban le tocó el turno a «la muerte de los hijos». Sí, porque los muertos, los numerosos muertos y los incontables vivos mantenían vínculos diversos: padres y madres, hijos e hijas, maridos, mujeres, novios, amantes e incluso algunos podían ser enemigos. No todos los fallecidos eran un dechado de virtudes, ni sus deudos seres impares convocados por el destino para un acto único. Fue un hecho inusitado que se incrustó en la vida cotidiana, y aquello fue una tragedia de la vida cotidiana.

¿Huérfanos?

... La muerte de los hijos y los padres aún vivos testigos de una muerte contra natura. La presidenta decía algo así como: los hijos que carecen de padres son los huérfanos, a aquél que sobrevive a su cónyuge se le denomina viudo o viuda; pero, ¿cómo se llaman esos

padres que han perdido a sus hijos?

Tal condición no tiene nombre. Vivimos con esa omisión lingüística que se antoja clamorosa. Una búsqueda en el diccionario (Moliner, 1982) llegó a esto:

HUÉRFANO, NA. (Del lat. orphünus.) adj. Dícese de la persona de menor edad a quien han faltado su padre y madre o alguno de los dos. Ú. t. c. s. 11

2. ant. Expósito en Chile y Perú.

3. poét. Dícese de la persona a quien han faltado los hijos.

4. fig. Falto de alguna cosa, y especialmente de amparo. En aquella ocasión quedó HUÉRFANA la ciudad.

Los padres que pierden a sus hijos quedan sometidos a una metáfora de la orfandad. La orfandad es una falta y de ella se sirve el poeta para alinear juntos a los deudos que sobreviven.

La omisión no es sólo del español o del latín. Hasta donde sabemos, esta palabra anuncia su luminosa inexistencia en el francés, el inglés y el alemán.

El psicoanálisis nos ha enseñado que la insoportable presencia de lo real sólo puede ser elaborada mediante el registro simbólico. Nombrar algo está en la antesala de su conocimiento, de su dominio. Lo que no tiene nombre llega a no ser.

Los judíos, entregados antaño a la empresa de poseer un dios imposible que sustituyese a todos los dioses cualitativos que le precedieron optaron por indicarlo como «el no tiene nombre»; tan inabarcable resultó esa presencia que hubo de manifestarse mediante el Decálogo. La Ley le acotó, siquiera fuese a través de la concreción de su imperio.

Dios se limita en tanto que ordena.

El mundo del orden es el ámbito compartido.

Aquello que no tiene nombre se encuentra más allá de lo imaginable.

Otras reflexiones. Hace algunos años Arthur Clark escribió una perla literaria en forma de un corto relato.

En una lamasería tibetana contrataron a un informático para que les instalase una computadora, junto con un programa para ayudarles a escribir los cinco billones de nombres de Dios. Su tradición les decía que una vez cumplida la Tarea el universo y la vida que encierra ya no tendría razón de ser y llegaría el final.

La inmemorial creencia podía aprovecharse ahora de los abrumadores avances tecnológicos. Nuestro hombre, agnóstico pero bien pagado, accede a la demanda. Tras unos meses el encargo cobra forma y los nombres de Dios resbalan al fin por la pantalla a velocidad vertiginosa.

Cobra el trabajo y desciende por las tortuosas escaleras de la lamasería. Los nombres de Dios se acumulan y sin que él lo advierta «las estrellas del firmamento tibetano se empiezan a apagar una a una».

Los monjes tibetanos nombrando a su Dios convierten al innombrable Dios judío en un ser cuya Tarea está concluida. Emprenden un camino inverso al que la Biblia pretende. El Dios real se trasmuta en Dios simbólico.

El síntoma, en su aparente gratitud, se sitúa en el lugar que le corresponde al símbolo. Aparece allí donde el símbolo falta. Lo que pertenece al pleno orden de lo psíquico figura en el discurso, en la palabra. Puedo decir, describir, nombrar, simbolizar, que equivale, en cierto modo, a compartir.

La palabra plena pertenece al símbolo. Lo concreto es una cuasi-palabra, prolegómeno del espacio social por donde discurre el símbolo.

El síntoma no accede al símbolo y queda en el lugar oscuro de lo imaginario, en su registro particular, inaccesible al vínculo, a lo compartido.

Entre estas reflexiones resulta fácil pensar que lo que los psicoanalistas llamamos interpretación es poner la palabra plena, el nombre o si se quiere, la categoría simbólica, en el lugar de lo innombrable, de lo que no tiene nombre.

Llamar, dotar de un nombre, es volver consciente lo inconsciente, representa la puerta de salida desde la mismidad imaginaria a lo social compartido. Lugar último donde adquirimos la cabal condición humana.

Los hijos muertos arrojan a sus padres a la condición innominada a ser mero síntoma, dolor incapaz de alivio si no es por la mediación del acto psicoterapéutico, de la palabra que colme la oquedad de una ausencia inefable. Lo simbólico reúne, lo diabólico dispersa. Lo no inscrito es el síntoma, la falta es el diaptoma¹.

El lenguaje no va más allá de aquello que está elaborado. ¿Será acaso que el duelo por el hijo muerto carece de elaboración posible?

Vayan adelante otras reflexiones que surgen prendidas del mismo hilo de pensamiento.

Se usa y abusa del concepto trauma. En nuestra opinión esta noción se debe reservar sólo a ese acontecimiento de corta duración y de extrema intensidad que provoca un grave y súbito compromiso en la estructura psíquica del sujeto que lo sufre.

En 1913 se definía un trastorno traumático –psíquico y físico– de accidente ferroviario como railway spine. Otra vez aparece el ferrocarril.

Por esas mismas fechas Ferenczi

¹ *Diaptoma*: antónimo griego de *síntoma*. Lo que falta.

y Abraham se interesarán con motivo de la Gran Guerra en las llamadas neurosis de guerra.

Más tarde Bion hará lo propio.

Las torturas y los accidentes masivos nos han dado otras tantas ocasiones para adentrarnos en eso que ha de llamarse trauma.

La violencia traumática genera esa atmósfera crepuscular en la que la toma de conciencia se hace difícil, cuando no imposible. De nuevo la falta de inscripción. El camino hacia el símbolo está cegado, llega el lenguaje críptico del síntoma, el cuerpo se expresa donde la palabra falta.

Otro campo más para la psicoterapia.

Han pasado seis meses. Se difuminan ya los perfiles más trágicos del acontecimiento. Los daños colaterales reclaman la atención, lejos ya de la atención pública, de la curiosidad espantada, comienza el largo y callado proceso de la atención psicológica en la búsqueda de un sentido vital expresable para tantos acontecimientos que se resisten a ser incorporados en el humano sistema de los símbolos.

¿Culpas?

Al agitarse las emociones, violencia, miedo, dolor, rabia y culpa trazan curiosos vericuetos en los que toman contacto.

A través de Berceo el significado

de culpa avanza vacilante: pedir culpa es pedir perdón. Culpar, disculpar...

En psicoanálisis referimos una primera culpa: premoral, decimos; todavía no existe la posibilidad de asumir responsabilidades, la angustia se desencadena a partir de las figuras de autoridad. La otra culpa, posterior, remite a la normativa interna que dicta el Superyó.

La ambivalencia acompaña a la angustia por la culpa premoral, el niño asume la prohibición para conservar el amor de los padres, pero al tiempo les odia por limitarle y se siente culpable. Miedo adherido al deseo de ser castigado, con el castigo se pagará la deuda. Quedar sin castigo condena a la vergüenza ante sí mismo.

Hay civilizaciones marcadas por la culpa, culturas de talante depresivo ante la adversidad; otras tienden de forma esquizoide a proyectar al afuera sus acusaciones.

Para sentirse culpable no hay por qué haber transgredido una ley, la culpa se interioriza más allá de la falta objetiva, no existe causalidad moral.

Una paradoja: el sentimiento de culpa de la víctima frente al irresponsable triunfalismo del culpable. El primero se adscribe a la clásica culpabilidad del superviviente teñida quizá por la identificación con el agresor.

Cuestiones repetidas y siempre sin respuesta: ¿Por qué?, ¿quién?, ¿por qué yo no?, ¿por qué a mí sí?... impotencia de una sociedad

que en su perplejidad las repite en eco. Son enigmas que impone la arcana muerte en su crudeza.

¿Injusta causa defendida o causa injustamente defendida...? Conversiones religiosas ensayan encontrar trascendencia, apostasías retiran rabiosas su fe... Sólo los extremos caben en la sinrazón. Pero la culpa no cesa de agazaparse en el revuelo de ambigüedades.

Desde el exterior, subrayar la inoportunidad de las víctimas enfatiza la culpa de sus verdugos.

Aunque nada consigue acallar la vergüenza de vivir...

Colaterales

¿Qué aterriza más a nuestra ordenada sociedad, el soterrado goteo de la inmigración o el estallido terrorista? A partir de esta cuestión se han llegado a desgajar simplistas y oscuras conclusiones.

Los movimientos migratorios están adquiriendo proporciones gigantescas y el sentimiento de identidad se tambalea tanto en los que se desplazan como en aquellos que acogen.

Los centroeuropeos tenemos una larga tradición multirracial y multicultural. En España nuestras raíces se nutrieron de lo árabe y ahora hay que marcar y reforzar diferencias, ¡no vayan a confundirnos! De ahí surgen esas filias, las peores, las nacidas de fobias, las que no se arman en torno a un pro-

yecto común si no contra un enemigo compartido. Aquellas en las que no cabe más alternativa que el tú o el yo, conmigo o contra mí, la confrontación, la ausencia de libertad en la elección de pertenencias... el choque de civilizaciones, los exacerbados nacionalismos (divinos o terrenales) desmantelan el libre albedrío.

El sujeto reprime su subjetividad, pero esta renuncia no puede sino conducir a la fragmentación, la marginación y la destrucción de diferencias dentro de una misma cultura. En el mundo antiguo el Estado arrasó con las pequeñas unidades familiares, tribus, clanes... de la turbulencia social nació en Grecia la política.

«No en los consejos de los príncipes, sino en el alma de las muchedumbres, es donde se preparan los destinos de las naciones» sentenció Le Bon en su *Psicología de las multitudes* (Le Bon, 1945). Los miembros de una multitud participan de una mente colectiva que sustituye a la personalidad consciente de sus miembros; los instintos atávicos de la raza dominan y se pierde la racionalidad.

El fundamentalismo no es tradicional, sino contemporáneo y ajeno al integrismo (peculiar del elitismo de los grupos extremistas), sostiene Claudio Magris (1990). Nace hace menos de cien años en círculos protestantes estadounidenses que acuñan el concepto para referirse a los principios irrenunciables de su religión, es un fenómeno de masas típicamente moderno.

El rostro una mujer sudanesa, cuyos profundos surcos forjó más el dolor que el paso del tiempo, golpea en un periódico del veintidós de agosto. Acaba de llegar a la frontera con Chad; con ella un millón de desplazados internos sufre el acoso de las milicias armadas por el gobierno militar de Sudán. Se habla de cincuenta mil muertos, miles de refugiados y un millón de vagabundos... ningún menor de cinco años sobrevivirá. Son matanzas olvidadas, gentes en las que el odio ocupará en algún momento el lugar de la perplejidad actual.

¿De dónde salió "El Gitanillo", el menor de edad implicado en la trama de los explosivos del once de marzo? Fue uno de los correos utilizados, uno de los por ahora cincuenta y cinco implicados...

«Media docena de hombres pueden constituir muchedumbre psicológica... Un pueblo entero, sin que se produzca en él aglomeración visible, puede convertirse en muchedumbre»; curioso avance de Le Bon una vez más. Ahí irrumpe el líder. El líder (concreto o abstracto) con el que se identifican, sustituye al ideal interiorizado inconscientemente. El miedo al pánico rompe estructuras, ya lo señaló Freud en Psicología de las masas y, en un movimiento regresivo, destruye los vínculos del sujeto.

«El hombre siempre proyectó en los dioses su complejo de grandiosidad», recapitula Abraham en Sueño y mito. Pero no siempre es el líder del cambio quien alcanza el

triunfo. Por ejemplo, la sosegada religión de Amenhotep no estaba en consonancia con las necesidades de las masas, en este caso su pueblo no se pudo identificar con el protagonista del mito propuesto; el líder fue tachado de hereje. El líder de resistencia al cambio –en terminología de Pichon Riviére– cohesiona a su muchedumbre con más vigor si cabe, abanderado en su irracionalidad.

Cien mil madrileños sufrieron estrés postraumático a raíz de la matanza... es el otro costado "colateral".

Duelos

El duelo es un desafío, un combate entre dos.

Cuando el terreno en que se lleva a cabo concierne al interior de un sujeto, implica una serie de operaciones mentales: el objeto perdido es investido libidinalmente por el sujeto, parte de esa libido se desvía a su Yo, lo que se traduce en un repliegue narcisista, el interés por el exterior disminuye y los recuerdos anegan. Esta regresión conlleva la identificación con la persona desaparecida y una parte del Yo del sujeto se convierte en objeto. La identificación narcisista con el objeto sustituye el investimento amoroso.

Como dijimos al comienzo, quizá el duelo por el hijo muerto carece de elaboración posible; es un hecho que condensa fugazmente las dos rupturas fundamentales del hombre: nacimiento y muerte. Rup-

tura que es al tiempo separación del otro y desgarró de sí.

El trabajo de duelo es el esfuerzo del sujeto para suturar la herida traumática y restablecer una ilusoria totalidad. El duelo duele redundante.

El dolor psíquico necesita concretarse en una certeza; el sinsentido, lo absurdo, la anarquía de significados, son barreras cara a la elaboración de la pérdida.

En su duelo el sujeto está solo, pero sigue necesitando el envoltorio de un grupo de pertenencia y otro grupo al que oponerse; su interior naufraga en angustia de aniquilamiento. La presencia de esos otros, el contacto fronterizo - no los bienintencionados consejos - posibilita la torpe y paulatina reestructuración.

Un largo camino donde el estoico orgullo será otro estribo en el que poder apoyarse...

REFERENCIAS

Moliner, M (1982). *Diccionario del uso del español*. Madrid: Ed. Gredos.

Le Bon, G (1945). *Psicología de las multi-*

tudes. Buenos Aires: EMCA.

Magris, C. (1990). *El Danubio*, en Anagrama (original de 1986).